

EL MONARQUISMO Y LOS MONARQUISTAS MEXICANOS EN EL SIGLO XIX

*Víctor A. Villavicencio Navarro**

RESUMEN: Señalar que el Segundo Imperio mexicano respondió a un proyecto meramente conservador es un lugar común de la visión de la historiografía tradicional sobre la política decimonónica en México: una lucha encarnizada entre el liberalismo y el conservadurismo. Con el fin de contribuir al renovado debate historiográfico, en este artículo se da cuenta del camino recorrido por el monarquismo mexicano durante el siglo XIX, las actividades de quienes trabajaron a su favor y sus resultados.



MONARCHISM AND MEXICAN MONARCHISTS IN THE NINETEENTH CENTURY

ABSTRACT: A commonly held view of traditional historiography regarding nineteenth century Mexican politics is to argue that the Second Mexican Empire was a strictly conservative endeavor: a fierce fight between liberalism and conservatism. In this article, we will contribute to the renewed historiographical debate by relating the story of Mexican monarchism in the nineteenth century and the actions of its supporters and their results.

PALABRAS CLAVE: Segundo Imperio mexicano, monarquismo, monarquistas, conservadurismo, liberalismo.

KEY WORDS: Second Mexican Empire, monarchism, monarchists, conservatism, liberalism.

RECEPCIÓN: 13 de octubre de 2015.

APROBACIÓN: 11 de febrero de 2016.

*Centro de Enseñanza para extranjeros, UNAM y Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

EL MONARQUISMO Y LOS MONARQUISTAS MEXICANOS EN EL SIGLO XIX

Introducción

El estudio del monarquismo en México supone algunas dificultades, pues la idea general que tenemos acerca de la política decimonónica la reduce a una lucha maniquea entre el liberalismo de quienes querían proyectar el país hacia el futuro y el conservadurismo de los que pretendían mantenerlo encadenado al pasado. Esta dicotomía heredó la visión de dos sistemas políticos que, igualmente contrapuestos, se enfrentaron a lo largo del siglo XIX: el republicanismo liberal y el monarquismo conservador. Sin tomar mucho en cuenta su validez conceptual, tales asociaciones cobraron mayor vigencia tan pronto el primero resultó vencedor y se extendieron rápidamente.¹ En los últimos años, la necesidad de repensar esta concepción dualista, que ha pasado de generación en generación desde 1867, ha sido atendida con acierto por varios historiadores pues, más allá de su utilidad inmediata para dar sentido a las pugnas políticas, las dicotomías terminan por reducir a los personajes y sus ideas a meras etiquetas, encasillándolos en bandos del todo ajenos, inmutables y necesariamente confrontados.²

¹ Como ha señalado Antonia Pi-Suñer, desde la derrota del imperio de Maximiliano, la historia del Segundo Imperio fue tomada como el “mito unificador” necesario para la reconstrucción nacional, lo que terminó dando lugar a la historia bronceada oficial. Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), *Historiografía mexicana, vol. IV. En busca de un discurso integrador de la nación*, 2001, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, pp. 9-30.

² Véase Erika Pani, ““Las fuerzas oscuras”. El problema del conservadurismo en la historia de México”, en Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechos en México*, I, 2009, México, FCE, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 11-42.

VÍCTOR A. VILLAVICENCIO NAVARRO

En buena medida, gracias al bagaje descrito anteriormente, uno de los lugares comunes cuando se habla del Segundo Imperio mexicano es el señalamiento referente al “chasco” que se llevaron los que trabajaron para establecerlo, conservadores que, como señala la historiografía tradicional, trajeron a Maximiliano con la sola intención de que revirtiera las políticas reformistas de los liberales. Si bien esta apreciación es válida para algunos casos, conviene atender con mayor detalle las ideas que estaban detrás de la restauración del trono en México, las razones y los planes de quienes colaboraron para hacerla realidad, así como las expectativas que se hicieron sobre el gobierno que, según pensaban, acabaría de una vez por todas con los problemas del país.

El camino del monarquismo decimonónico

44 | Antes de la llegada de Maximiliano de Habsburgo, el monarquismo se había asomado al escenario de la política mexicana en tres ocasiones. La primera ocurrió en la consumación de la independencia. El plan proclamado por Agustín de Iturbide en Iguala, en febrero de 1821, contemplaba que el nuevo país tendría la forma de una monarquía constitucional, encabezada por Fernando VII, por alguno de sus hermanos, por el archiduque Carlos de Austria o por otro miembro de la casa reinante europea que el Congreso mexicano designara.³ Las modificaciones introducidas en los Tratados de Córdoba seis meses más tarde —la posibilidad de que, en caso de que ninguno de los candidatos al trono aceptara, pudiera considerarse para ocuparlo a cualquier otra persona que nombrara el Congreso, aunque no perteneciera a una casa real—⁴ permitieron la aclamación pública de Iturbide, que fue nombrado emperador en mayo de 1822 y coronado un par de meses después.

Los postulados originales de Iguala quedaron en letra muerta: ni Fernando VII, ni otro miembro de su familia ni el archiduque Carlos

³“Plan de Iguala”, en *Textos insurgentes (1808-1821)*, 1998, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, introducción y selección de Virginia Guedea, pp. 173-176.

⁴“Tratados celebrados en la Villa de Córdoba el 24 de febrero de 1821 entre Juan O’Donojú, teniente general de los ejércitos de España, y Agustín de Iturbide, primer jefe del E. I. M. de las Tres Garantías”, en *ibid.*, pp. 177-181.

aceptaron trasladarse a México. Un militar criollo tomó el poder y terminó gobernando sin Congreso y sin constitución, pues disolvió al primero antes de que pudiera elaborar la segunda. La habilidad política del coronel Iturbide para aglutinar y conciliar intereses durante la última etapa del movimiento emancipador contrastó grandemente con la capacidad como jefe de Estado de Agustín I. Los levantamientos de Veracruz y Casa Mata significaron su caída y abdicó el 19 de marzo de 1823. Su mandato imperial duró poco menos que la campaña que encabezó para consumir la independencia.⁵

El lastimero papel desempeñado por el primer emperador de México provocó que la opción monárquica cayera en el descrédito y fuera asociada con el despotismo. Empezó a cobrar forma una esencia republicana, como se vio en el otoño de 1840, cuando el monarquismo se presentó en la arena política por segunda ocasión. José María Gutiérrez de Estrada propuso públicamente la posibilidad de que el Congreso discutiera la conveniencia de convertir el gobierno en una monarquía encabezada por un príncipe europeo.⁶ El rechazo tajante a la iniciativa vino tanto de la cúpula política como de los mexicanos en general. La polvareda levantada en la prensa, así como la orden gubernamental de encarcelar al autor, obligaron a Gutiérrez de Estrada a exiliarse. Sin embargo, radicado en Europa, trabajó arduamente para conseguir su objetivo.

Unos años más tarde volvió a aparecer el impulso monárquico, pero en esta ocasión vino del otro lado del Atlántico. El representante de Su Majestad Católica, Salvador Bermúdez de Castro, en connivencia con Lucas Alamán y valiéndose del general Mariano Paredes y Arrillaga, echó a andar una conspiración que tenía el objetivo de establecer en México a un monarca de la dinastía española.⁷ El gobierno hispano no

⁵ Sobre el gobierno de Agustín de Iturbide, véase Timothy E. Anna, *El imperio de Iturbide*, 1991, México, Alianza Editorial, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, trad. de Adriana Sandoval; y William Spence Robertson, *Iturbide of Mexico*, 1968, Nueva York, Greenwood Press.

⁶ Gutiérrez de Estrada presentó su propuesta monárquica en varios artículos periodísticos y un panfleto que fue publicado a mediados de octubre de 1840. Puede consultarse en José María Gutiérrez de Estrada, *La república herida de muerte*, 2010, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, prólogo de Edwin Alcántara.

⁷ Dos estudios importantes sobre este episodio son el de Miguel Soto, *La conspiración monárquica en México, 1845-1846*, 1998, México, Offset, y el de Jaime Delgado, *La monarquía*

VÍCTOR A. VILLAVICENCIO NAVARRO

se resignaba a perder presencia en la “joya de su corona”, así que se instruyó al ministro plenipotenciario para que llevara a cabo la intriga.⁸ Así, entre 1845 y 1846, Bermúdez de Castro y Alamán trabajaron en el proyecto. Orquestaron el derrocamiento del presidente José Joaquín de Herrera a manos de Paredes y Arrillaga y, con la publicación del periódico *El Tiempo*, defendieron una idea monárquica basada en la necesidad de retomar los postulados del Plan de Iguala y llamar a un príncipe de la casa de Borbón para gobernar México. Una nueva polvareda se levantó en la prensa y se mostró una vez más la esencia republicana del país. Al final, la ambigüedad de Paredes y los temores de las autoridades españolas de seguir auspiciando la intriga sin contar con garantías de éxito debilitaron los planes de la conspiración. La guerra con Estados Unidos acabó por derrumbarla. La opción monárquica fue desechada.

Hacia mediados de siglo, el panorama político mexicano estaba en su punto más crítico. Tras la derrota en la guerra y la pérdida de territorio, las reflexiones de la clase política se dirigieron hacia el sistema de gobierno, pues había quedado claro el estado de descomposición en que se hallaba el país en todos sus niveles.⁹ Lucas Alamán fundó el periódico *El Universal* y con él como órgano difusor dio forma al partido conservador entre 1848 y 1849. Tras el fracaso de la conspiración en la que participó un par de años atrás, Alamán entendió que la opción monárquica se había convertido en anatema y valía más extirparla del vocabulario político, por lo cual dirigió sus críticas al republicanismismo. De cualquier modo, con la intención de poner en marcha un gobierno lo más parecido al monárquico pero con disfraz republicano,

en México (1845-1847), 1990, México, Porrúa. Las comunicaciones entre el gobierno español y su representante en México, en las cuales puede seguirse con detalle la conjura monárquica, han sido reproducidas en *Correspondencia diplomática de Salvador Bermúdez de Castro, ministro de España en México*, II y III, 2013, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, edición, compilación, prólogo y notas de Raúl Figueroa Esquer.

⁸ Raúl Figueroa Esquer y Víctor Villavicencio Navarro estudian la actitud y las expectativas del gobierno español con la conspiración monárquica; “La intriga monárquica de Bermúdez de Castro, 1845-1846”, *Trienio. Ilustración y liberalismo*, núm. 59, mayo de 2012, pp. 193-238.

⁹ Charles A. Hale, “La guerra con Estados Unidos y la crisis del pensamiento mexicano”, en *Secuencia*, vol. 16, enero-abril de 1990, pp. 43-61.

gestionó la vuelta de Antonio López de Santa Anna, confiado en que podría controlar al militar veracruzano. Sin embargo, la muerte sorprendió a don Lucas a principios de junio de 1853, apenas cuarenta y tres días después de haber iniciado el último gobierno santannista, que, por cierto, resultó un desastre.¹⁰

Con todo, fue Santa Anna quien dio un nuevo impulso a la posibilidad monárquica. En julio de 1854, encargó oficialmente a Gutiérrez de Estrada —quien para entonces llevaba más de una década tocando la puerta de diversas cortes del viejo continente en busca de ayuda— que emprendiera la búsqueda de un monarca europeo para México. En Madrid, Gutiérrez de Estrada reclutó la ayuda de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, joven diplomático de ideas políticas similares a las suyas. No obstante que los acercamientos con la corte madrileña comenzaron por buen camino, las gestiones terminaron con la revolución progresista de 1854, que puso fin a la Década Moderada en España, y el triunfo de la Revolución de Ayutla que al año siguiente derrumbó al gobierno santannista.¹¹ La posibilidad de cambiar el régimen mexicano debió esperar mejores tiempos.

El monarquismo y los monarquistas hacia mediados de siglo

A partir de 1855, una nueva generación hizo su entrada al escenario político nacional. La elaboración de la Constitución de 1857, la guerra civil que desencadenó y el decreto de las Leyes de Reforma engrosaron las filas del monarquismo. A causa de las políticas dictadas por el grupo encabezado por Benito Juárez, importantes personajes del bando conservador consideraron seriamente la posibilidad de apoyar la llegada de una intervención extranjera que tuviera como finalidad establecer a un monarca europeo en México y detener los excesos del liberalismo.

¹⁰ Carmen Vázquez Mantecón, *Santa Anna y la encrucijada del Estado. La dictadura: 1853-1855*, 1986, México, Fondo de Cultura Económica.

¹¹ Víctor Alberto Villavicencio Navarro, “El camino del monarquismo mexicano decimonónico: *momentos*, proyectos y personajes”, 2015, México, tesis de doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, pp. 230-234.

Estos personajes renovaron los esfuerzos monárquicos. A Gutiérrez de Estrada e Hidalgo se sumaron el obispo de Puebla, Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, y el militar, político y diplomático Juan Nepomuceno Almonte, para impulsar la gestación del Segundo Imperio mexicano.

Según vimos, Gutiérrez de Estrada salió de México en 1840, exiliado por su propuesta monárquica. Pasó dos años en Cuba y posteriormente se trasladó a Europa, donde realizó gestiones a título personal a favor de la monarquía, que tuvieron un breve respaldo oficial gracias a la misión que le encargó Santa Anna en 1854. Durante esa misión se comprometió con Genoveva de Saint Laurent, hija de María Ignacia Lützow, quien poco tiempo después sería la dama mayor de Carlota en Milán y Miramar. Gutiérrez de Estrada cambió su residencia a Roma, en una decisión producto de la fortuna heredada por su futura esposa.¹² Como se verá, este cambio resultó propicio para el monarquismo mexicano.

Entre tanto, tras el fin de la búsqueda ordenada por Santa Anna, Hidalgo se quedó en la capital española y poco después fue ratificado por el gobierno como secretario de la legación mexicana. Al igual que Gutiérrez de Estrada, tuvo la oportunidad de practicar sus talentos sociales, lo cual le permitió amistarse con la condesa de Montijo, madre de María Eugenia Guzmán Palafox Portocarrero y Kirkpatrick, emperatriz de los franceses por su matrimonio con Napoleón III. Debido a la ruptura de relaciones entre el gobierno mexicano y el español de mediados de 1857, la legación a la que pertenecía Hidalgo debió trasladarse a París. Gracias a una curiosa coincidencia, habiendo apenas cruzado la frontera con Francia, se encontró con el cortejo de la emperatriz Eugenia. Reconocido de inmediato como el amigo de su madre, fue invitado a pasar unos días con la corte en la ciudad de Bayona. El suceso fue un ábrete sésamo para Hidalgo y el monarquismo mexicano, pues a partir de entonces comenzó a intimar con los monarcas franceses.

¹² José C. Valadés, "José María Gutiérrez de Estrada (diplomático y escritor político), 1800-1867", en *El juicio de la historia. Escritos sobre el siglo XIX*, 1996, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, introducción, efemérides biográficas y selección de Óscar Javier Acosta Romero, pp. 191-194.

Cuando estalló la Guerra de Reforma, Hidalgo se negó a reconocer al gobierno juarista, por lo que fue separado de su cargo diplomático. Se dedicó a promover sus convicciones monárquicas y no perdió la oportunidad de manifestar en la corte de las Tullerías la necesidad de contar con la ayuda francesa para hacerlas realidad. En mayo de 1858, el gobierno conservador lo nombró oficial de su representación en París, con lo que sus gestiones cobraron nuevamente carácter oficial.¹³

Ese mismo año, el gobierno conservador nombró como plenipotenciario de esa representación a Juan N. Almonte. El hijo de José María Morelos, que hasta entonces se había caracterizado por su republicanismismo e ideas liberales moderadas, estrechó amistad con Hidalgo en la capital francesa y terminó por convencerse del cambio político que quería imponer en el país.¹⁴

Por su parte, el obispo Labastida y Dávalos había establecido su residencia en Roma desde mediados de 1856, tras ser expulsado de México por el presidente Ignacio Comonfort debido a la sospecha de que había patrocinado los levantamientos poblanos en contra de las disposiciones oficiales liberales. Con un lugar privilegiado en la curia romana, dedicó sus esfuerzos a entorpecer las negociaciones del gobierno mexicano con el Papa y a rechazar públicamente la puesta en marcha de la Constitución de 1857.¹⁵ Al estallar la Guerra de Reforma, el gobierno conservador lo nombró su representante en la Santa Sede. Ahí, en Roma, se hizo amigo de Gutiérrez de Estrada y se familiarizó con sus ideas. En un principio, monseñor Labastida no coincidía con la postura de convertir a México en una monarquía con un príncipe europeo, pero poco a poco se persuadió de que era la única manera de hacer retroceder las disposiciones reformistas del gobierno de Juárez.¹⁶ El prelado

¹³ Víctor Villavicencio Navarro, “José Manuel Hidalgo y Esnaurizar, un monarquista semiolvidado”, en Patricia Galeana (coord.), *El imperio napoleónico y la monarquía en México*, 2012, México, Siglo XXI, p. 69.

¹⁴ Raymundo de la Fuente Marcos, “Juan Nepomuceno Almonte de la república a la monarquía. ¿Transición o traición?”, 2006, México, tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, pp. 106-109.

¹⁵ Marta Eugenia García Ugarte, “Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos durante la Guerra de Reforma y su decisión de impulsar la Intervención y el establecimiento del Segundo Imperio”, en Galeana, *El imperio napoleónico*, op. cit., pp. 112-113.

¹⁶ *Ibid.*, p. 117-118.

VÍCTOR A. VILLAVICENCIO NAVARRO

y Gutiérrez de Estrada formaron así otra mancuerna monarquista en Roma, que defendía un proyecto decididamente conservador, clerical e inclusive absolutista.

Al terminar la Guerra de Reforma, el monarquismo mexicano apareció por cuarta ocasión en el panorama nacional. El pretexto llegó cuando el gobierno juarista decretó la Ley de Suspensión de Pagos de julio de 1861. Las ideas de Napoleón III sobre la protección de la raza latina en América, en conjunto con el interés por la todavía célebre riqueza mexicana, y especialmente el inicio de la guerra civil estadounidense, propiciaron la coyuntura que hizo posible poner en marcha su “gran designio para América”.¹⁷ En ese momento, los monarquistas mexicanos se encontraban en posiciones clave. De hecho, Hidalgo volvió a encontrarse en el lugar y el momento oportunos: acompañaba a los monarcas franceses en Biarritz cuando se recibió la noticia de la moratoria mexicana.¹⁸ A partir de entonces, los hechos se precipitaron. El emperador de los franceses tomó la iniciativa y, con el pretexto de asegurar el pago de las deudas que México tenía con Francia, Gran Bretaña y España, empezó a negociar con las cortes de Madrid y St. James para tomar medidas conjuntas.

50

Planes y complicaciones del monarquismo

Dejando a un lado los detalles de las negociaciones que culminaron en la Convención de Londres, que firmaron a finales de octubre de 1861 los representantes de los gobiernos francés, británico y español,¹⁹ resulta interesante revisar el estado en que se encontraban los planes de los monarquistas mexicanos cuando las circunstancias convergieron a su favor. La mancuerna parisina, Hidalgo y Almonte, más por

¹⁷ Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, *Napoleón III y México*, 1973, México, FCE, trad. de Ernestina de Champourcin, pp. 25-26.

¹⁸ *Un hombre de mundo escribe sus impresiones. Cartas de José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar; ministro en París del emperador Maximiliano*, 1987, México, Porrúa, compilación, prólogo y notas de Sofía Vereá de Bernal, p. 17.

¹⁹ “La Convención de Londres”, 31 de octubre de 1861, en Álvaro Matute, *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, 1984, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, pp. 507-508.

conveniencia el primero y por convicción el segundo, se encontraba absolutamente comprometida con las disposiciones francesas. Plegados del todo a las decisiones de Napoleón III, se hallaban dispuestos a apoyar la forma en que dirigía las acciones para establecer en México un gobierno afín al bonapartismo de Francia y que, por ende, debía ser encabezado por un príncipe partidario.

Pero la mancuerna romana había concebido un proyecto propio. Gutiérrez de Estrada, sabiéndose el decano del monarquismo mexicano, tenía muy claros los términos en que deseaba que tuviera lugar el cambio de gobierno de México. En 1840 había propuesto que se discutiera en el Congreso la opción monárquica, es decir, que el cambio viniera de los representantes de la sociedad, pero ahora, poco más de dos décadas después, estaba decidido a emprender un camino muy distinto. Cuando se enteró de las intenciones francesas de patrocinar la monarquía mexicana, opinó se debían evitar asambleas y congresos, que a su parecer solo entorpecerían las acciones, y en su lugar establecer una dictadura militar que se encargara temporalmente del gobierno hasta que llegara el soberano y pudiera ejercer el poder.

Al principio, Gutiérrez de Estrada pensaba que Maximiliano no era un candidato ideal, pues había dado muestras de liberalismo y, lo que era más grave, carecía de los medios económicos para lanzarse a una empresa tan importante.²⁰

Gutiérrez de Estrada se había radicalizado por la situación cada vez más deteriorada de México, por los años vividos en Europa y, especialmente, por su relación con Labastida y Dávalos, que ejerció una influencia en el grupo que estaba en Roma. El prelado ocupaba un lugar muy cercano a Pío IX, gracias al cual pudo convencerlo de la importancia de apoyar el proyecto monárquico. Le entregó un documento en el que le explicaba la necesidad de que la monarquía que habría de establecerse se librara de los obstáculos que suponía la formación de cuerpos legislativos y constituciones. Solo un monarca absoluto, según él, aseguraría el respeto a la autoridad, el restablecimiento de la paz y el orden

²⁰ Es muy probable que Gutiérrez de Estrada conociera la situación financiera del archiduque austriaco gracias a su suegra, quien para entonces era dama mayor de Carlota en Miramar. Villavicencio Navarro, "El camino del monarquismo", *op. cit.*, pp. 265-267.

VÍCTOR A. VILLAVICENCIO NAVARRO

y, por ende, la protección de la Iglesia mexicana ante todas las agresiones de que había sido objeto.²¹

Con planes diferentes, era natural que surgieran dificultades entre los monarquistas mexicanos cuando las cosas comenzaran a marchar. Napoleón III recurrió a la mancuerna parisina para dirigir la empresa monárquica e hizo a un lado a la romana, pues no se encontraba dispuesto a patrocinar a un gobierno distinto. Gutiérrez de Estrada y Labastida debieron apechugar con la situación; soportar, en contra de sus deseos, que se formara una Asamblea que proclamara al monarca, conformarse con el candidato elegido —que no los convencía del todo— y, lo que debió resultarles más difícil, acatar las proclamas del mariscal Élie Frédéric Forey de junio de 1863, tras la toma de la capital mexicana por las tropas del ejército francés, que ratificaron las medidas liberales del gobierno juarista.²²

Lo anterior no significó la privanza de los miembros de la mancuerna parisina, pues en términos prácticos también quedaron marginados. Almonte, por ejemplo, fue nombrado representante de Maximiliano en México, pero cuando llegó al país en marzo de 1862, fue ignorado por los mandos del ejército expedicionario francés, que desconfiaban de los mexicanos que apoyaban a un gobierno extranjero que se entrometía en sus asuntos políticos. Ni siquiera fueron consideradas sus opiniones tácticas cuando tuvo lugar la célebre batalla de Puebla del 5 de mayo, en la que el ejército mexicano derrotó a las tropas invasoras.²³

El 22 de junio de 1863 quedó instalada en la Ciudad de México la Junta Superior de Gobierno, mandada formar por las autoridades del ejército francés. La junta nombró tres individuos que asumieron el poder ejecutivo: Juan N. Almonte, José Mariano Salas y el obispo Labastida y Dávalos, quien debió ser sustituido por Juan B. Ormaechea, ya que aún se encontraba en Europa. También eligió a los integrantes de una Asamblea de Notables, la cual, a su vez, designó una comisión que tuvo

²¹Marta Eugenia García Ugarte, *Poder político y religioso en México. Siglo XIX*, II, 2010, México, H. Cámara de Diputados, LXI Legislatura, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, Miguel Ángel Porrúa, pp. 976-978.

²²Francisco de Paula Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, 2000, México, Porrúa, pp. 537-538.

²³De la Fuente, “Juan Nepomuceno Almonte”, *op. cit.*, pp. 146-147.

el encargo de redactar un dictamen sobre la forma de gobierno que adoptaría el país.²⁴ En la sesión del 10 de julio se dio lectura al documento, que concluía lo siguiente:

1ª La Nación Mexicana adopta por forma de gobierno la monarquía moderada hereditaria.

2ª El soberano tomará el título de Emperador de México.

3ª La corona imperial de México se ofrece a S. A. I. y R. el príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para sí y sus descendientes.

4ª En caso de que, por circunstancias imposibles de prever, el Archiduque Fernando Maximiliano no llegase a tomar posesión del trono que se le ofrece, la Nación Mexicana se remite a la benevolencia de S. M. Napoleón III, Emperador de los franceses, para que le indique otro príncipe católico.²⁵

El dictamen fue discutido y aprobado por la Asamblea de Notables y enseguida se determinó que el poder ejecutivo que ostentaban Almonte, Salas y Ormaechea se transformara en la Regencia del Imperio. Labastida llegó al país en septiembre, convertido en arzobispo de México, y tomó enseguida su lugar como regente. Sin embargo, las pugnas con las autoridades francesas y con Almonte no se hicieron esperar. El prelado manifestó pronto sus inconformidades, en especial su intención de impedir que fuesen ratificados los pagarés derivados de la venta de bienes eclesiásticos. En menos de dos meses fue destituido de su cargo.²⁶ La mancuerna parisina se impuso nuevamente sobre la romana, pues Almonte continuó sirviendo como regente.

La Junta Superior de Gobierno nombró una diputación especial con la misión de viajar a Francia para agradecer a Napoleón III el apoyo y ofrecer de manera oficial el trono mexicano a Maximiliano

²⁴ Las actas de la Junta Superior de Gobierno y de la Asamblea de Notables pueden consultarse en Rafael Tafolla Pérez, *La Junta de Notables de 1863*, 1977, México, Jus, pp. 67-106.

²⁵ "Dictamen acerca de la forma de gobierno que para constituirse definitivamente conviene adoptar en México. Presentado por la comisión especial que en la sesión del 8 de julio de 1863 fue nombrada por la Asamblea de Notables reunida en cumplimiento del decreto de 16 de junio último, firmado por Aguilar, Velázquez de León, Orozco, Marín y Blanco", México, 10 de julio de 1863, en *ibid.*, pp. 145.

²⁶ Arrangoiz, *México desde 1808*, *op. cit.*, pp. 557-568

VÍCTOR A. VILLAVICENCIO NAVARRO

en su castillo de Miramar. Hidalgo y Gutiérrez de Estrada formaron parte de ella, este último como su presidente. Los diputados arribaron a París el 19 de septiembre. Como el emperador francés se encontraba en Biarritz, se trasladaron directamente a Miramar. El 3 de octubre tuvo lugar la recepción oficial, en la que el archiduque agradeció el ofrecimiento pero solicitó la garantía de contar con el apoyo francés y de que era el pueblo mexicano el que deseaba su llegada.²⁷ Los miembros de la diputación volvieron a la capital francesa, donde pudieron entrevistarse con Napoleón III, y permanecieron en Europa durante casi seis meses, hasta que el 10 de abril de 1864, nuevamente en Miramar, Maximiliano aceptó la corona.²⁸

Enseguida, el flamante emperador de México hizo algunos nombramientos. En el terreno político, Almonte fue investido como lugarteniente del Imperio —con lo que cesaron las actividades de la Regencia—, mientras que en el diplomático, Hidalgo fue nombrado representante de Maximiliano en París. Con estas designaciones, dos puestos clave quedaron en poder de la mancuerna parisina: Hidalgo en Francia, nada menos que junto al monarca que había patrocinado la empresa, y Almonte en México, gobernando en nombre del nuevo soberano en espera de su arribo.

54

Pocos días más tarde, Maximiliano y Carlota partieron rumbo a México. Luego de algunas escalas, arribaron a las costas veracruzanas a finales de mayo. Tras dos semanas de viaje al interior del país, la mañana del 12 de junio escucharon misa en la Colegiata de Guadalupe y, al salir, cientos de coches los escoltaron para su entrada a la Ciudad de México.²⁹

²⁷ *Discurso pronunciado en el palacio de Miramar el 3 de octubre de 1863 por D. J. M. Gutiérrez de Estrada. Presidente de la diputación mexicana encargada de ofrecer a nombre de la Junta de Notables la corona de Méjico a su Alteza Imperial y Real, el Archiduque Maximiliano de Austria, y contestación de S. A. I. y R. el Archiduque*, 1863, París, Imprenta de Ad. Lainé y J. Havard.

²⁸ Arrangoiz, *México desde 1808*, op. cit., pp. 672-677.

²⁹ Las descripciones más detalladas de la llegada de la pareja imperial se encuentran en Paula Kolonitz, *Un viaje a México en 1864*, 1976, México, Secretaría de Educación Pública, pp. 90-93; y José Luis Blasio, *Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario particular*, 1966, México, Editorial Nacional, pp. 1-11.

Los monarquistas y los resultados del monarquismo

Cuando finalmente el monarquismo mexicano alcanzó su meta, el grupo de hombres que más había trabajado para restaurarlo se hallaba dividido, con planes y expectativas diferentes sobre el nuevo gobierno. Por más que en un principio pareciera que todo resultaría satisfactorio para la mancuerna parisina y lo contrario para la romana, nadie quedó satisfecho. En esas circunstancias, fue solo cuestión de tiempo para que los monarquistas mexicanos se desencantaran de la transición política por la que tanto habían trabajado.

Gutiérrez de Estrada, quien más tiempo y energías había dedicado a la restauración imperial, se alejó muy pronto. Desde un principio albergó dudas respecto al archiduque austriaco y su política, y si bien tuvo que tolerar la situación, sabía que no debía abrigar esperanzas. Por ello declinó el puesto de ministro en Viena que le ofreció Maximiliano, argumentando que se conformaba con la satisfacción de ver su sueño cumplido y que solo deseaba volver a su retiro en Roma.³⁰ Allí convivió por última vez con Maximiliano y Carlota, cuando los hospedó durante la visita que realizaron al Vaticano en una escala de su viaje a México. Entre el 18 y el 20 de abril de 1864, Gutiérrez de Estrada agasajó a la nueva pareja de monarcas e inclusive recibió la visita de Pío IX en su residencia. Al mismo tiempo, constató la distancia entre las ideas que sostenía como indispensables para la regeneración de su patria y las que el soberano pretendía poner en práctica.³¹

La relación entre Gutiérrez de Estrada y Maximiliano, si bien cordial, fue enfriándose con el tiempo. Gutiérrez de Estrada no perdió oportunidad de reclamar al emperador las medidas liberales que ponía en marcha. Durante 1865 su trato se limitó a un duro intercambio epistolar en el que las recriminaciones y las respuestas subieron de tono. Pese a ello, Gutiérrez de Estrada estuvo dispuesto a ayudar al emperador cuando, a mediados del año siguiente, decidió apoyar su gobierno en

³⁰ Javier Romero Cortés, “José María Gutiérrez de Estrada, padre del monarquismo mexicano”, 2012, México, tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, pp. 220 y 222-223.

³¹ Valadés, “José María Gutiérrez de Estrada”, *op. cit.*, pp. 209-212.

VÍCTOR A. VILLAVICENCIO NAVARRO

los conservadores. Escribió sin éxito a Napoleón III, con el fin de disuadirlo de retirar su ejército de México e inclusive acompañó a Carlota en París durante el viaje que hizo en verano con la misma intención.³² Cuando tuvo noticia de que Maximiliano consideraba la idea de abdicar y abandonar el país, le hizo llegar una larga carta en la que, entre otras cosas, le aseguraba que dejar el trono significaría manchar para siempre a su dinastía, que era su obligación defenderlo en todo momento y que debía tomar el ejemplo de su esposa, que había sacrificado su salud por la salvación de la patria.³³

Aquejado el mismo de mala salud, Gutiérrez de Estrada se trasladó a París en marzo de 1867. Ahí alcanzó a ver el regreso de las tropas francesas. Rodeado de sus hijos, falleció el 7 de mayo del mismo año, seis semanas antes de que Maximiliano fuera fusilado en Querétaro.

Almonte fue el monarquista mexicano más relegado de la empresa. Su nombramiento como lugarteniente del imperio le prometía un futuro político de importancia; sin embargo, cuando los soberanos llegaron a México fue designado Gran Mariscal, con lo que sus actividades se limitaron al protocolo y la pompa de la corte. No participó en ningún gabinete imperial ni fue llamado para formar parte del Consejo de Gobierno. En abril de 1865, cuando las dificultades del imperio comenzaron a hacerse mayores y Maximiliano reorientó su régimen hacia el conservadurismo, Almonte fue nombrado ministro de la Casa Imperial, otro puesto de labores protocolarias. Al año siguiente, cuando Napoleón ordenó iniciar el reembarco de sus tropas hacia Francia, fue designado ministro plenipotenciario en París, para tratar de que el emperador diera marcha atrás.

Almonte llegó a la capital francesa a mediados de mayo de 1866. La misión resultó un fracaso, pues Napoleón III se mantuvo firme en su decisión de abandonar la aventura mexicana. Tras la ejecución de Maximiliano, sus actividades diplomáticas terminaron pero, sabiendo el futuro que le esperaba en caso de volver a su patria —al menos la prisión y confiscación de sus bienes—, decidió permanecer en Francia.

³² Romero Cortés, “José María Gutiérrez de Estrada”, *op. cit.*, pp. 241-244.

³³ Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, 2003, México, FCE, trad. de Vicente Caridad, p. 538.

Vivió cómodamente gracias a la pensión de 10 000 francos que le concedió el gobierno de Napoleón, aunque solo por menos de dos años, pues falleció en París el 21 de marzo de 1869.³⁴

Por su parte, el arzobispo Labastida y Dávalos, tras su expulsión de la Regencia a finales de 1863, se mantuvo a la expectativa en la capital mexicana, lamentando la política liberal impuesta por las autoridades francesas y esperanzado ilusamente en que la llegada del monarca cambiaría la situación. El tiempo le demostró que no debía engañarse y su distanciamiento con el gobierno imperial se tornó insalvable. En febrero de 1865, tras el decreto de tolerancia de cultos expedido por Maximiliano, su paciencia se agotó. Junto con Clemente de Jesús Munguía, arzobispo de Michoacán, escribió al soberano una dura carta en la que, además de manifestarse en contra de la medida, le advertía que con tales disposiciones corría el riesgo de que su gobierno se tornara odioso para los mexicanos, toda vez que la instauración del imperio se había debido más a los deseos de la población de ver revocadas las leyes liberales que a la existencia de una verdadera tradición monárquica en el país.³⁵ Para finales de 1865, Labastida ya se había convencido de que la empresa monárquica había fracasado, pero decidió permanecer en México, separarse de los asuntos políticos y dedicarse a la labor pastoral de su arquidiócesis. Cuando Maximiliano pensó en abdicar a principios de 1867, una junta de ministros en la capital acordó que continuara en su gobierno. Monseñor Labastida formó parte de ella pero se negó a resolver tales cuestiones. Al final, la junta votó a favor de la continuación del imperio.³⁶

Al ver que se acercaba el final, Labastida se resolvió a salir del país. Abandonó la capital el 5 de febrero de 1867 con rumbo a Europa. Radicado en Roma una vez más, tuvo noticia de la muerte de su amigo Gutiérrez de Estrada y del trágico final en Querétaro del proyecto en el que tantas esperanzas habían puesto. Se mantuvo cerca de Pío IX hasta principios de 1871, cuando Benito Juárez autorizó su regreso al país.

³⁴ De la Fuente, "Juan Nepomuceno Almonte", *op. cit.*, pp. 155-165.

³⁵ García Ugarte, *Poder político y religioso*, *op. cit.*, pp. 1155-1160.

³⁶ Agustín Rivera y San Román, *Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*, 1972, México, Cámara de Diputados, nota introductoria de Martín Quirarte, pp. 272-276.

VÍCTOR A. VILLAVICENCIO NAVARRO

Murió el 4 de febrero de 1891, casi veinticuatro años después del final del Segundo Imperio.³⁷

El monarquista más longevo fue José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar. Como representante del imperio en París, vivía en una corte en la que contaba con un sitio de preferencia, al lado de los monarcas que auspiciaban el proyecto y con quienes había trabado amistad. Al principio todo fue de maravilla para él, pero las cosas cambiaron rápidamente. Desde los primeros meses de 1865, la situación de comodidad en la que vivía comenzó a decaer. En medio del disgusto popular porque el asunto mexicano tardaba y costaba más de lo esperado, frente a la presión estadounidense para que Francia sacara las manos de México y ante la creciente impopularidad de la empresa en el cuerpo legislativo, Napoleón y Eugenia comenzaron a desentenderse de Hidalgo. Poco después, cuando Maximiliano comprendió que el emperador de los franceses planeaba abandonarlo, lo mandó llamar para exigirle cuentas sobre su labor diplomática. Hidalgo sabía mejor que nadie que el imperio tenía las horas contadas y se embarcó a regañadientes rumbo a México a mediados de diciembre de 1865.

58 | Arribó a la capital mexicana a mediados de enero del año siguiente. Sostuvo un par de entrevistas con Maximiliano, en las que lo enteró de la visión que se tenía de su gobierno en París, y le confirmó la orden de Napoleón de repatriar sus tropas. Como entendió que el emperador adjudicaba la situación a su torpe desempeño diplomático, renunció a su cargo con una mezcla de indignación y temor. Consciente de que el final del Imperio mexicano estaba próximo y sabiendo lo que podía significar si se quedaba en México, salió enseguida a Veracruz y se embarcó a Francia a principios de marzo de 1866.³⁸

De regreso en París, se sumergió en la alta sociedad, decidido a dejar para siempre las cosas de México. En el verano de 1866, de paseo por Bélgica y Suiza, se enteró del desesperado viaje de Carlota y de cómo fueron negadas sus peticiones. Al año siguiente tuvo noticia de la ejecución de Maximiliano, pero decidió no presentarse a los funerales que

³⁷ *Ibid.*, pp. 371-372.

³⁸ Víctor Villavicencio Navarro, "José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar...", *op. cit.*, pp. 77-78.

tuvieron lugar en Viena y Miramar. Durante el resto de su vida, Hidalgo se dedicó a recorrer Europa, cultivar amistades, redactar cartas en las que destacaba su participación en el proyecto monárquico mexicano y tratar de convertirse en literato.³⁹ Hacia el final de su vida, el talento social que había cultivado para desenvolverse entre la aristocracia le valió no morir de hambre, pues padeció serias dificultades económicas. Pobre y enfermo, falleció el 26 de diciembre de 1896 en la capital francesa. Sobrevivió poco menos de treinta años al Imperio mexicano.⁴⁰

Los monarquistas mexicanos descubrieron muy pronto que sus expectativas no serían satisfechas con el cambio de régimen político que deseaban. Gutiérrez de Estrada y Labastida y Dávalos, que habían compuesto la mancuerna romana, molestos e inconformes, decidieron apartarse del proyecto desde el principio, decepcionados del rumbo que le habían dado las autoridades francesas y, poco después, de las políticas practicadas por Maximiliano. Hidalgo y Almonte, que habían formado la mancuerna parisina, se integraron al gobierno imperial, pensando que traería una mejora sustancial al país y a su situación personal, aunque rápidamente cayeron en la cuenta de que los resultados no eran los que habían previsto. Al final, distanciados, hechos a un lado o aun colaborando con el imperio, los mexicanos que más habían trabajado para restaurar un trono en su patria se encontraron muy lejos del infortunado archiduque austriaco cuando sucumbió en el Cerro de las Campanas a mediados de 1867.

³⁹ En 1887 publicó sus memorias, *Recuerdos de juventud*. Entre el año siguiente y 1896 escribió y publicó siete novelas con resultados modestos.

⁴⁰ Víctor Villavicencio Navarro, “José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar”, *op. cit.*, p. 81.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.